

San Ignacio en sus escritos

E. Larracochea, S. J.

Para saber sin error sustancial quién fué San Ignacio, hay un medio muy sencillo: leer lo que él mismo escribió de sí propio y de sus cosas. Porque San Ignacio no es, ciertamente, un profesional del estilo, pero es un hombre de acción, que ha dejado constancia de su genio y carácter en cada una de sus obras escritas.

Dicen que no hay como las Memorias para conocer el bien y el mal de un personaje. Todo aquel que entiende haber hecho algo fuera de lo común en este mundo, quiere ponerse en paz con los siglos venideros emborronando cuartillas con el recuento de su bien gastada vida. Y la gente lee con pasión esas Memorias, aun a sabiendas del tanto por ciento muy considerable de reticencias, escamoteos, vana ostentación, cinismo y propia apología, que ellas encierran.

De todo cuanto ha escrito San Ignacio, una mínima parte se refiere a sí mismo. Son sus Memorias. Las dictó para cumplir el deseo de sus hijos, que se lo rogaron expresamente muchas veces. La **Autobiografía** es un documento de primer orden para conocerle; es un preciadísimo tesoro. Allí ha quedado para siempre impresa la estampa del Peregrino. En ella se devana la trama de su vida, desde que el Divino Hondero le derribó en Pamplona. El Peregrino habla y habla, y, al son de sus palabras, su alma o hipocresía, de alegato personal o narcisismo. La **Autobiografía** es un tesoro nos hace transparente. Nada hay allí de vanidad o de astucia, de falsedad timonio bien apretado de sinceridad y de verdad humilde; testimonio ecuanime y sosegado, siempre alerta sobre los pasos de Dios por el alma, como que es la historia de los juegos de azar y de ventura a que se entregó la Providencia para hacer de él un santo. El relato de su vida ha encontrado en él la fórmula precisa, leal, cuajada de sencillez y de nobleza. Allí están descritos en forma insuperada sus primeros tanteos en la vida espiritual, sus años de incertidumbre en la busca ansiosa de la voluntad divina, su radical decisión de hallar en todo a Dios; allí se nos impone su carácter tenaz y reflexivo, su excepcional poder de introspección, su voluntad indomable, y la lealtad de su entrega.

Pero en el sagrado de su alma apenas se puede entrar. En las Memorias que iba dictando, destinadas a una publicidad limitada, San Ignacio reveló muy pocas cosas de su vida interior. No obstante, cedió a la tentación de escribir de propio puño sus Memorias rigurosamente secretas. Estas Memorias, de más apasionante interés que las primeras, por cuanto llevan el aliciente del fruto prohibido, son su **Diario Espiritual**.

* * *

San Ignacio destinó sin misericordia al fuego todos sus apuntes personales, pero por suerte para nosotros, unas pocas hojas se salvaron. A pesar de su brevedad, estas hojas iluminan las zonas más íntimas de su castillo interior. Estas páginas nos descubren de golpe al San Ignacio místico. Es, sencillamente, la intimidad violada, el secreto profanado. Allí su alma navega en la plenitud de Dios. Una luz de mediodía le envuelve ante el misterio. Toda la pujanza de su espíritu sobrenatural, en la absoluta desnudez de toda afición terrena, se nos da en esta constante comunicación de los dones divinos. Durante días y días, San Ignacio vive "patiens divina". Dice la Santa Misa inmerso en una atmósfera de divinidad. Una palabra, un símbolo, una exclamación, la vista de María, del Hijo, del Padre, le transportan al más alto cielo. Esta entrada con Dios no es un caso aislado; llega a ser más bien un hábito, una costumbre familiar.

Y en esta elevación de carismas divinos, San Ignacio se nos ofrece como un hombre fácil a la emoción espiritual. En este clima de visiones trinitarias sus lágrimas fluyen copiosamente. San Ignacio contempla y San Ignacio llora.

Pero hay motivos válidos para pensar que este fragmento de sus Memorias secretas no contiene los aspectos más reveladores ni los más conducentes para un conocimiento total de esta alma iluminada. Nunca lograremos la exacta dimensión de su experiencia mística. Su ciudadela persevera hermética; tras la hendidura de la piedra, sólo atisbamos claridades cegadoras, constelaciones estelares, que invitan a la sugerencia y a la hipótesis.

A la vista de estos dos escritos capitales, que son la **Autobiografía** y el **Diario Espiritual**, puede uno preguntarse dónde quedan las miras humanas que tantos le han reprochado, dónde la acción solapada, el regusto de hipocresía, la burlona conciencia de su superioridad, la rígida altivez de su carácter y los taimados manejos del intrigante.

* * *

En realidad, el libro de los **Ejercicios Espirituales** se desprendió naturalmente de sus manos como una necesidad inevitable de su ideal apostólico.

Para nuestro intento, a este librito le podemos arrancar más de un dato sobre el carácter de Ignacio. Dentro de la estrategia ignaciana, este libro es dispositivo táctico, intelectual y volitivo, que le llevó sin tropiezos a la victoria total sobre sí mismo, y en consecuencia al servicio incondicional de Jesucristo y de su Iglesia. Su autor se revela un conocedor nada vulgar del corazón humano, noble y eficaz en el empleo de los medios,

habilísimo en las previsiones. Sus discursos a la razón no tienen réplica; sabe mover los resortes de la voluntad, y aun en la roca dura enciende llamas de sentimiento; recuerda en ocasiones la ley del temor, pero prefiere a todo las vías del amor.

Todo el tesón de sus meditaciones, contemplaciones y exámenes, va encaminado a la integración de una conciencia genuinamente cristiana, que en cada caso particular está pronta a abrazar la voluntad de Dios con absoluta entrega. Pero estos moldes de vida espiritual no deben quedar rígidamente clavados en el alma. Al contrario, todo ese complicado engranaje, todo ese mecanismo artificioso, tiende a diluirse y simplificarse en la fórmula de la contemplación final, meta de las almas perfectas. Apoyado en su personal experiencia, Ignacio expone su propia técnica natural para la conquista del mundo sobrenatural. Con ello conquistó e hizo santos a sus primeros compañeros.

* * *

El alma de estos Ejercicios pasó entera a la Compañía de Jesús, cuyo código son las **Constituciones**. Esta legislación supone una visión temprana de las cosas y una perspicaz adivinación de las necesidades de los tiempos. Las **Constituciones** son fruto henchido de sus dones místicos y de sus lágrimas, de su reflexión y de su sabiduría práctica, de su tacto psicológico y de su talento organizador. Es la suya una arquitectura maciza y coherente. Por ella los resortes de un dinamismo se extienden múltiples y eficaces a la vida polivalente de la Compañía, derramada por el mundo. Por ella es San Ignacio un legislador soberano; lo grande y lo pequeño, lo sustancial y lo accesorio, todo está previsto y regulado y todo denuncia un ambiente de vida sobrenatural extraordinario.

* * *

Aún no hemos aludido a la **Correspondencia**, género literario el más apto y sincero, por su propia naturaleza, para sorprender en un autor los altibajos del humor, los desplantes de la pasión, las secretas envidias, los intensos celos, la red de una intriga, en una palabra, las luces y sombras de un carácter. San Ignacio escribió muchas cartas, miles y miles de cartas. Ellas nos descubren su alma, el temple de su carácter, su excepcional psicología. Es director de almas, consejero, consolador, abogado, estratega a lo divino, doctor ascético, doctor místico. Todo tiene cabida en su pecho generoso: los intereses de la Iglesia, el avance protestante, la amenaza del Turco, la indolencia de los Príncipes cristianos, la salud de sus amigos, el apostolado de sus hijos, el gobierno de la Compañía, el bien general de las almas.

Es la ciencia de la vida espiritual y la visión prudente y avisada de mil cosas humanas, servidas en fuentes de **Epistolario**, con la gracia de Dios goteando en todo giro de pluma y la gloria de Dios, puntual, a cada vuelta de página. Es Ignacio en sus cartas corazón magnánimo, ejemplar de cortesanía, espíritu de empresa, indulgente y comprensivo, padre amantísimo, hombre de Dios, infatigable en su trabajo, siempre en vela, siempre en tensión de espíritu al servicio del Papa y de la Iglesia.

* * *

Pero para saber de él, hay que oír también a los que con él vivieron, a sus primeros compañeros. No son éstos ninguna medianía, de raza pusilánime y sin nervio, que de todo se pasma. Son genios de vanguardia, gente de privilegio, superdotada. Se llaman Francisco Javier, Francisco de Borja, Pedro Canisio, Pedro Fabro, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Juan de Polanco, Jerónimo Nadal... El testimonio es unánime. Todos aman a Ignacio, se confían de él, se sienten en su comparación como pigmeos. Ninguno le teme, ninguno le rehuye. Algo irradiaba de grande y soberano el antiguo gentilhomme español. Su ascendiente no decae, sino que se prestigia por días con la convivencia. Los que le conocieron, los que conversaron con él, le amaron sin eclipse y se afanaron por transmitir a las nuevas promociones la nostalgia de su presencia amada y su veneración indiscutida.

* * *

Sin embargo, este hombre superior, no es popular. La intuición del pueblo fiel no ha visto en su persona los rasgos del santo amable y simpático, robador de corazones, del santo milagrero, predicador de masas, paño de lágrimas de los humildes, que ofrenda su vida en aras de su amor al prójimo.

San Ignacio es otra clase de hombre. "*Stella a stella differt in claritate*". Dios le reservó para otras empresas. Ignacio vino al mundo, entre otros fines, para la renovación de la vida cristiana (Ejercicios Espirituales), para la defensa de la cultura de Occidente (Colegios y Universidades), y para la dilatación del Reino de Dios (Misiones entre infieles). Y para cada uno de estos fines, Dios le dió, entre sus primeros compañeros, el hombre representativo.

Fabro es maestro en el coloquio y en la dirección espiritual, y en el arte de dar Ejercicios sólo Ignacio le superó. Con ellos consiguió resonantes triunfos en toda Europa. La visión de Ignacio sobre la eficacia de sus Ejercicios no ha sido desmentida. Sus enemigos no han podido evitar que sigan su curso inalterable. Los Ejercicios no han muerto. Son de actualidad lo mismo o más que entonces. Rebajar su mérito, desdeñarlos, es insultar una limpia ejecutoria de cuatro siglos de espiritualidad renovada.

Laínez es la cultura y la ciencia eclesiástica: representa el talento y el quehacer intelectual, los Colegios y las Universidades. La Compañía de Jesús abrió a hora temprana sus casas para la formación de la juventud de Europa. Con las Humanidades impartió los principios de una educación hondamente religiosa. Para ello elaboró un sistema pedagógico, reconocido como una de las más válidas aportaciones en la defensa del Catolicismo. Frente al Humanismo paganizante se opuso en forma constructiva uno de sus más firmes adversarios. Esta tradición jesuítica tampoco ha muerto en los tiempos actuales; sigue en pie en todos los frentes de la cultura.

El espíritu de Javier alienta hoy en cerca de seis mil jesuitas que trabajan en tierras de infieles. Extravertido a la gigante tarea de ganar almas para Cristo, su pasión apostólica a nadie puede dejar indiferente. Javier enciende llamaradas en los jóvenes desde hace cuatrocientos años; tiene discípulos en todo el ámbito misional, y el ideal secreto de cada misionero se cifra en ser como él.

Esta triple misión de Ignacio en los campos de la espiritualidad, de la cultura y del apostolado, no ha perdido ni actualidad ni belleza. Treinta y tres mil hijos suyos trabajan por el mundo, obedientes a la voz del Papa, siguiendo la bandera del "Sumo Capitán de los buenos".

* * *

Hace cuatrocientos años se paró su corazón. Pero queremos pensar que su espíritu dirige a esta nuestra sociedad moderna un mensaje. En estos tiempos de convulsión, es el mensaje de la fe en Dios y de la confianza imbatida en su Providencia. Es mensaje de eternidad ante el creciente paganismo de la vida; mensaje de fidelidad al juramento de las personas del bautismo; la lealtad a la doctrina de la Iglesia, que regula la conducta del hombre, frente a la sobreestimación de los ímpetus del carácter y de los valores humanos. Mensaje de adhesión particular al Romano Pontífice en esta nueva era de libre examen, en que muchos pontifican desacreditando gravísimamente la limpia doctrina de Cristo. Mensaje de sinceridad y verdad en nuestra conducta cristiana, frente a nuestro catolicismo mendaz, de situación y compromiso, que no cala en el ritmo de nuestra sangre y en la aceptación rendida de nuestra voluntad. Es el mensaje de la vida interior y de la reflexión ponderada ante los infinitos cambiantes del momento; mensaje de entereza y libertad cristiana ante esta sociedad apóstata, construida sobre una segunda edición de pecados capitales, que se llaman adulación, favoritismo, soborno, la ley del más fuerte y del más desaprensivo, el silencio suicida ante la injusticia clamorosa y la canonización del robo. Mensaje de la conciencia del pecado y del sentido del deber ante el atropello universal de las leyes divinas y humanas. Mensaje de personalidad bien erguida de hijos de Dios, jamás socavada por el servilismo y la cobardía, Mensaje, en fin, de ancha caridad evangélica para todos, en contraste con esta nuestra alicorta y abomitable caridad, rabiosamente egoísta, que en nada difiere del canon condenado de los paganos.

Quiera Dios que, con ocasión del Cuarto Centenario de su Muerte, la lectura de su vida y el ejemplo de sus obras suponga siquiera un leve impulso de imitación. Sólo el homenaje de una vida cristiana irreprochable puede agradar, allá en la Gloria, a este hijo entrañable de Euzkalerria, gloria de las más puras de España.

"IGNACIO DE LOYOLA", págs. 9-14.
(Cfr. Recensión bibliográfica de la
Obra, en la presente edición de
"ECA".